

### 3. Examinarnos sobre la vocación

«Bernarde, Bernarde, ad quid venisti?»

Esta pregunta es un examen constante de conciencia sobre la verdad de nuestra vocación y de nuestro seguimiento.

Si nos examinamos solo a la luz de nosotros mismos, siempre acabamos confundiendo la voluntad de Dios —y, por tanto, nuestra vocación— con nuestras pretensiones orgullosas. Nos examinamos como cuando se hace el balance de una empresa que va bien si gana cada vez más para sí misma, si satisface su propio interés. En cambio, la medida de la fecundidad de una vocación cristiana nunca es la ganancia, el éxito, la satisfacción solo para uno mismo, sino la fidelidad a Aquel que nos llama, la disponibilidad a perder la vida por Él y como Él quiere, el abandono a su designio. En definitiva, decirle siempre que sí, renovar el sí, el «Aquí estoy» a su llamada. En el fondo, la verdad de una vocación se mide por la escucha siempre renovada de la voz del Amado que sigue llamándonos para estar con Él y ser sus amigos.

Por eso, cuando hablamos de la Sagrada Escritura, de la importancia de meditarla, de escuchar el Evangelio, a los Padres y a la Iglesia —por ejemplo, el magisterio del Papa—, no debemos pensar que se trata únicamente de una cuestión formativa, destinada a adquirir una buena cultura cristiana y monástica. Se trata, más bien, de verificar si vivimos la vocación permaneciendo a la escucha de Aquel que nos llama, permaneciendo en una escucha viva que alimenta y vivifica nuestra fidelidad. Es como para quienes viven la vocación matrimonial: no basta con una fidelidad formal, un respeto formal al contrato matrimonial; la relación matrimonial permanece fiel si se nutre de la escucha recíproca, de la relación afectiva, de una verdadera comunión de vida.

Una comunidad en la que no hay silencio ni meditación de la Palabra de Dios, no solo con la cabeza sino con el corazón, no solo se convierte en una comunidad ignorante y superficial: se vuelve infiel a la vocación, a la llamada que hace de la vocación una vida siempre nueva.

«¿Por qué has venido?»: no debemos, pues, escuchar esta pregunta como si fuera una pregunta de examen, una pregunta capciosa que pretende pillarnos en falta. Jesús, san Benito y san Bernardo saben muy bien que, por nosotros mismos, no somos capaces de ser fieles al amor de Jesús sin traicionarlo, sin negarlo. Jesús sabe que, aunque prometamos como Pedro que daremos la vida por Él, abandonados a nosotros mismos siempre acabamos negándolo. La respuesta verdadera, justa, la única que tiene sentido, la única que responde a nuestra vocación, la única que dice verdaderamente «Sí» a Cristo, es: «¡Jesús, he venido porque tú me amas! Estoy aquí porque tu amistad me ha atraído, y quiero acogerla, y así, gracias a Ti, convertirme en tu amigo fiel, capaz por gracia de dar toda mi vida por Ti, capaz de convertirme cada vez más en un amigo fiel a tu infinita fidelidad, en la que debo apoyarme totalmente si quiero amarte hasta el final!».

Por eso, tras la Resurrección, Jesús vuelve a plantear a Pedro, de forma más explícita, la pregunta a la que Judas no quiso responder. «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?» (Jn 21,15). Como si dijera: «Amigo, ¿has venido para amar mi amor o por otra cosa?». Le pregunta tres veces si está con Él para corresponder a su amistad. A Jesús le basta con que Pedro recuerde que le ha seguido desde el principio porque Jesús le ha elegido gratuitamente. No hay que sorprenderse ni es grave si uno cae, si uno niega. Lo importante es que nuestro amor renazca, resurja del amor de Cristo, de la amistad de Cristo que por nosotros derramó toda su sangre en la Cruz. Y Pedro ahora comprende que solo se le pide esto, solo esta fidelidad: «Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: “¿Me quieres?”, y le contestó: “Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero”» (Jn 21,17).

Es solo a partir de ahí que Jesús puede renovarlo todo, comenzando por nuestro corazón, y renovar así nuestra respuesta a la vocación que nos ha ofrecido.

Cuando el monje Romano se encontró con el joven Benito de Norcia, que había huido de las distracciones de Roma, lo primero que le preguntó, literalmente, fue «hacia dónde se dirigía, hacia dónde se encaminaba»: «*quo tenderet requisivit*», y «conocido su deseo», le entregó el hábito monástico y le ayudó a encontrar un lugar y una forma de vivir la vida monástica en la soledad de Subiaco (San Gregorio Magno, *Diálogos*, II,1). En el fondo, le preguntó «*ad quid venisti?*» mientras aún se encaminaba hacia la vida monástica, como para verificar de inmediato el deseo que le permitiría llegar hasta el fondo de la llamada de su vocación. Romano no preguntó simplemente adónde iba Benito en sentido geográfico, también porque san Benito no sabía adónde iba. Sabía de qué huía, de Roma y de las trampas de una vida mundana, pero como dirección de su camino solo tenía su poderoso deseo de Dios y de una vida plena.

Este anhelo de lo absoluto, de lo infinito, no es solo un tema hagiográfico: es la naturaleza de nuestro corazón que, gracias a Dios, encontramos a menudo en muchos jóvenes, o en personas que conservan un corazón joven. El problema es que, con frecuencia, no encuentran a nadie que se interese por este anhelo y por nada más, y que, por lo tanto, sepa orientarlos hacia una vida que ayude a que este anhelo brote, florezca y dé fruto.

El aspecto más grave de la decadencia de la vida religiosa, hoy como siempre, es cuando, al encontrar o percibir este deseo en los jóvenes que vagan sin saber adónde ir, la propuesta de los «maestros» con los que se encuentran halaga intereses parciales en lugar de tomarse en serio su deseo de infinito, es decir, de Dios y de su amistad.

San Benito, cuando habla de la acogida de los candidatos a la vida monástica, en el capítulo 58 de la Regla, es muy riguroso al respecto. No quiere que se engañe al deseo profundo del corazón humano, y si ese deseo no existe, prefiere que el candidato se marche: pide que el maestro de novicios compruebe «*si revera Deum quaerit* —si busca verdaderamente a Dios» (RB 58,7). Y añade: «Se le expongan todas las realidades duras y fatigosas a través de las cuales se va a Dios —*per quae itur ad Deum*» (58,8). Y es como si se empezara desde el principio a educarlo para

que se repita la pregunta «*ad quid venisti?*»: «Al cabo de seis meses, se le lea la Regla para que sepa por qué se entra en el monasterio —*ad quod ingreditur*» (58,12). San Benito se preocupa por mantener vivo el deseo del fin último por el que se abraza una vocación, sobre todo si se trata de una vocación monástica, consagrada a la búsqueda de Dios, al amor de Dios.

Tanto es así que, en el momento de la profesión definitiva, el novicio canta tres veces junto con la comunidad un versículo del salmo 118: «Acógeme, Señor, según tu palabra, y tendré vida; no me defraudes en mi espera —*ab expectatione mea*» (RB 58,21; Sal 118,116).

Sí, Dios no debe defraudar el deseo por el que venimos al monasterio, pero nosotros, ante todo, no debemos defraudar este deseo profundo de nuestro corazón. Es decir, no debemos permanecer en el camino de nuestra vocación traicionando aquello por lo que hemos venido, aquello por lo que nos hemos sentido atraídos y a lo que hemos dicho sí. Y quien debe dirigir la comunidad, quien debe formarla, no debe olvidarse de preguntarse por sí mismo y por los hermanos o hermanas que le han sido confiados: «*Ad quid venimus?* – ¿Para qué hemos venido?».

¿Cómo no recordar la frase un tanto exasperada de san Pablo: «Todos buscan su interés, no el de Jesucristo» (Fil 2,21)?

¿Qué significa «buscar nuestros propios intereses»? Significa desviar hacia nosotros mismos, o hacia un beneficio personal pasajero y efímero, la orientación que lleva a nuestro corazón hacia Dios, hacia Cristo, hacia su amistad. En lugar de permanecer orientados hacia Aquel por quien hemos venido, no solo al monasterio, sino al mundo, por quien hemos nacido, nos replegamos sobre ventajas, intereses y valores que ya no son Él, que ya no son para Él, que ya no son su amistad.

Darnos cuenta de esto, tomar conciencia de esta «traición» a Dios y a aquello para lo que estamos hechos y llamados, puede ser, sin embargo, el comienzo de una renovación, de una vida nueva, de una verdadera resurrección.